

La mirada. La eterna mirada

En la observación se encuentra la mirada, y en ella, la eterna y permanente visión de aquel escenario de vivencias. La obra o mejor la creación de este autor que nos confirma la esencia y los ángulos de los elementos que nos rodean es de tal magnitud, que logra atrapar la total atención del espectador al tiempo que lo sume en el espejo de sus miradas. Ángel Busca, no suele hacer concesiones de cara a la galería. Conoce su oficio y de él hace magisterio. No para que aprendan más bien para ofertar su punto de vista y hacemos partícipes de sus logros en forma de regalo.

Sus pinceladas son instantes de la naturaleza trasladados al soporte. Con sus gestos adocena y calibra su espacio o lo que pretende crear. Cada trazo y cada movimiento no son gratuitos. El agua va arañando las paredes de la piedra y horada un hueco que con los años será invisible.

Venecia, que permanece casi inmortal, a pesar de los zarpazos del tiempo y la condición humana se nos torna más vital. En sus pinturas, la ciudad permanece inalterable, no importa que le roben el alma o que le hurten las entrañas. El agua, el mar o el líquido elemento que nos pinta Ángel es un torbellino llegado del infinito límite del horizonte que descansa en canales, bajo puentes y en recodos de una ciudad a la que pretenden robarle la esencia millones de turistas.

Sin embargo, este creador de ilusiones nos combina la realidad con la ficción. La serena y más que hermosa belleza de sus obras se refleja en cada rincón prolongado de su imaginación, y ésta, la comparte con el espectador para que conviva con el hoy y el ayer. Ángel Busca, aporta a la pintura su mirada, su eterna mirada que le engrandece como pintor y contador de realidades, visionando el futuro, declinando el horizonte.

La pintura es mágica o deja de ser emoción entre los límites del lienzo. Con ella trasladada al espectador la búsqueda constante de escenarios, y con ellos, se agranda el gesto y el reflejo.

Los rincones y los escenarios son más nuestros. Ha logrado hacernos cómplices de su pintura para alojarla en nuestro espíritu. Las sombras nos pertenecen al hacernos partícipes como figurantes ordenados de su teatro de los sueños. Sus ramas se queiebran sólo con la mirada. Su agua se detiene ante nosotros, y sus edificios, pueden cobijarnos sin cruzar sus puertas y paredes. Son nosotros mismos, son lo que queremos ver y sentir. Son nuestro límite del tiempo.

Sin esa mirada, sin su ausencia, nos veríamos más huérfanos. Con lo que él haga acontecer con su pintura, siempre nos quedará el reflejo de la visión de un sueño. De algo inalcanzable, que él y con su obra nos devuelve la razón por el que un día la pintura nos pareció eterna. Sus trazos nos trasladan a lugares lejanos que van de manglares a charcas, de paisajes arrinconados junto a trastos viejos a nieblas que van colándose de rondón en las entrañas de casas calentadas por la vida. Ángel, combina la realidad con la abstracción en una pátina decorada en sueño convertido en realidad. Sus cuadros son pinceladas del ayer rescatadas al hoy, habiendo dejado transcurrir el tiempo. Sin querer recuperarlo, sin ánimo en llevarse las hojas que cubren como un tapiz de infinitos colores sus anegados lagos.

En esta exposición en la galería Ansorena de Madrid, Ángel, ha logrado que todavía crea que la magia se convierte en belleza. Con su trazo, con su línea, con sus límites imaginarios. Como queriéndole robar al tiempo más instantes con los que rellenar los días, y que estos, sean inacabables. Para saciar la sed de la hermosura hasta llegar al límite del sueño. Buscando aquello que en sus cuadros es inalterable: la mirada.

Es tiempo de observación de su pintura Es el tiempo de Ángel Busca. Es el tiempo de la mirada, de su eterna mirada.

Javier Carles

Periodista y filósofo. Miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte
Director del programa "Formas y Ángulos" de Radio Intereconomía